

CAPÍTULO XI.

Sigue la misma materia.

Ante todas cosas oigamos como pensaba la sabia antigüedad. «La ignorancia del verdadero Dios es para los Estados la calamidad mayor que puede sobrevenirles; quien trastorna la Religión, y echa por tierra el fundamento de toda sociedad humana¹.» «Es una verdad innegable, que si Dios no ha presidido al establecimiento de una ciudad, y esta solo ha tenido un principio humano, no puede librarse de los mas grandes males. Es preciso pues tratar por todos los medios imaginables de imitar el régimen primitivo; y poniendo nuestra confianza en lo que hay de inmortal en el hombre, debemos fundar las casas, igualmente que los Estados; consagrando como leyes las voluntades de la suprema inteligencia. Si un Estado está fundado sobre el vicio y gobernado por gentes que huellan y miran con desprecio la justicia, no le queda medio alguno de salvacion².» — «Las ciudades y las naciones mas adictas y dadas al culto divino; han sido siempre las mas durables y mas sabias; así como los siglos mas religiosos han sido siempre los mas distinguidos en ingenios sublimes³.»

Estas máximas de una razon elevada pertenecen con especialidad á la escuela de Sócrates, la menos corrompida entre las filosóficas de la antigüedad; porquè en

¹ *Plat. de leg.* lib. 10.

² *Ibid.* t. VIII, edit. bisp. pág. 180, 181.

³ *Xenophon, Memor. Socrat.* 1, 4, 16. El siglo XVI es entre nosotros una patente prueba de hecho. ¿Cuándo mas sabios, mas literatos, mas célebres artistas, mas esforzados guerreros, mas santos? Pues no habia libertad de imprenta. No es esta la que fomenta y da impulso á las ciencias, sino la aplicacion y la proteccion debida, y la sana sobriedad en no desear saber mas de lo que conviene.

ella se habian conservado mejor, y en mas número, las tradiciones primitivas.

Los mismos filósofos que en nuestros dias se han formado una funesta gloria en combatir la Religión, por la mayor parte no han podido menos de reconocer su necesidad, aunque con riesgo de ser tenidos, y con bastante justicia, por malos ciudadanos, y hombres perversos, al ver sus esfuerzos para destruir una institucion eminentemente útil, y aun indispensable por su propia confesion. «Buscad, dice Hume, un pueblo sin Religión; y si le hallais, estad seguros que no se diferenciará en mucho de las fieras¹.» Ya hemos citado tambien el dicho de Rousseau, de que «jamás se ha fundado estado alguno que no tuviese por base la Religión².» La misma razon de este hombre y su corazon le arrastraban al Cristianismo, que solo su orgullo repelia, y llevado de él se irritaba contra la Religión por los mismos motivos que le inspiraban aquel profundo odio á la sociedad civil, que se nota en sus escritos. Mas luego que sus pasiones calman, vuelve la verdad á cobrar su imperio sobre su espíritu. Así es que en el *Emilio* se dilata con complacencia en manifestar los grandes y felices efectos de la Religión en la sociedad. El pasaje es tan interesante y á propósito, que aunque largo no temo copiarlo todo entero; tanto mas, cuanto que mi designio es apoyarme cuanto me sea posible en las concesiones de los adversarios.

«Uno de los sofismas mas familiares al partido filosófico, dice, es oponer un imaginario ó supuesto pueblo de buenos filósofos á un pueblo de malos cristianos, como

¹ *Hist. nat. de la Rel.* pág. 133. Cuando Hume lo confiesa, se puede creer con toda seguridad; pues en efecto es uno de los escritores incrédulos mas peligrosos: rara vez ataca directamente: afecta calma é imparcialidad; pero su metafísica sutil tira á minar la Religión: entre otros delirios sobre el alma, suicidio, etc., hace consistir la virtud en la aprobacion general; y él, además de la de los filósofos, se conoce buscaba la de las personas del otro sexo, pues en su *vida*, escrita por él mismo, se gloria de los favores de las damas. Estos favores parecen siempre ser la virtud favorita de los filósofos. Murió Hume el 1776.

² *Contrat social*, l. 4, c. 8.

si fuese mas fácil formar un pueblo de verdaderos filósofos, que de verdaderos cristianos. No sé si entre los individuos, ó hablando de particulares, será mas fácil hallar uno que otro; pero sé muy bien, y es constante, que en tratándose de pueblos, es necesario suponer que abusarian de la filosofía sin Religion, como los nuestros abusan de la Religion sin filosofía; y esto me parece hace variar mucho el estado de la cuestion¹.

» Bayle, continúa, ha probado muy bien que el fanatismo es mas pernicioso que el ateísmo, y esto es indisputable²; pero lo que no ha tenido cuidado de decir, sin que por eso deje de ser verdadero, es que el fanatismo, aunque sanguinario y cruel, es sin embargo una pasión grande y fuerte, que eleva el corazón del hombre, le hace menospreciar la muerte y le da una actividad prodigiosa, que solo necesita dirigirse mejor para producir las mas sublimes virtudes; en lugar de que la irreligion, y en general el espíritu razonador y filosófico, apega al hombre á la vida, afemina y envilece las almas, concentra todas las pasiones en la bajeza del interés particular, en la abyección de sí mismo, y mina de este modo sordamente los verdaderos cimientos de toda sociedad; porque lo que los intereses particulares tienen de comun es tan poco, que nunca balanceará á lo que tienen de opuesto.

» Si el ateísmo no hace derramar la sangre de los hombres³, es menos por amor á la paz, que por indife-

¹ Hay además esta diferencia esencial, que la filosofía tiene una tendencia directa al desorden, y conduce á él por su propio peso ó efecto á cualquiera que raciocina y es consiguiente: cuando al contrario la Religion tiene tendencia directa á la virtud; de manera que no se puede ser á un mismo tiempo vicioso y fiel sin contradicción y de aquí nace que el vicio inclina y lleve á los hombres á la incredulidad.

² El ateísmo se encargó por sí, no mucho ha, en Francia de refutar las pretendidas pruebas de Bayle, aunque *incontestables* á juicio de Rousseau; y en mi concepto habrá pocos hoy que se vean tentados á desechar al mismo precio una nueva refutación.

³ La ha hecho derramar á mares: esto si que es *incontestable*. Véase la nota de la pág. 135 — En el *Conservador*, periódico que se publicaba en París el 1818, t. I, pág. 370, se forma por

rencia al bien; pues vaya todo como quiera le importa poco al pretendido sabio, con tal que él viva descansado en su gabinete. Sus principios no hacen matar los hombres, pero estorban que nazcan, corrompiendo las costumbres que los multiplican; haciéndolos perder el amor á su especie, y reduciendo todos sus afectos á un egoísmo secreto, tan funesto á la población como á la virtud. La indiferencia filosófica se asemeja á la tranquilidad de un estado bajo el despotismo: es la tranquilidad de la muerte, es mas destructiva que la guerra misma.

» Así el fanatismo, aunque mas funesto en sus efectos inmediatos que lo que hoy se llama espíritu filosófico, lo es mucho menos que él en sus consecuencias. Por otra parte, es muy fácil ostentar pomposas máximas en los libros; la cuestion es si son propias de la doctrina, y se deducen necesariamente de ella; y esto es lo que hasta ahora no se ha visto con claridad. Resta saber tambien si la filosofía dejada á su libertad, y colocada sobre el trono, dominaria bien sobre la vanidad, interés, ambición y demás pasiones bajas del hombre, y si pondria por obra esa humanidad tan suave y apacible que tanto nos pondera en sus escritos¹.

«La filosofía en fuerza de sus principios, no puede hacer bien alguno que no lo haga todavía mejor la Religion; y la Religion hace muchos que no podria hacer la filosofía.»

» En la práctica es cosa diferente; pero todavía es necesario examinarlo. Ningun hombre sigue en un todo su Religion, en caso de tenerla; esto es cierto²: la

menor el cálculo individual de las víctimas de su revolución, y el resultado de las diversas partidas es el de *ocho millones cuatrocientas setenta y seis mil trescientas cincuenta y nueve personas*. Esto en la Francia sola. Véase ahora si la filosofía no ha hecho mas extragos en treinta años que lo que ella infamemente llama fanatismo cristiano en diez y ocho siglos. P. Laso. *El Citador ante el tribunal de la Razon*, t. III, pág. 501 y sig.

¹ Lo que quedaba por saber en tiempo de Rousseau, es bien sabido ahora; y en puntos de experiencia nada nos falta para nuestra instrucción.

² En cierto sentido, sí; porque es cierto que ningun hombre es

mayor parte casi no la tienen, y aquellos que la tienen no la siguen, no la practican del todo, ó en toda su extension: esto es igualmente cierto¹; pero al fin hay algunos que tienen una, y la siguen al menos en parte, y es indudable que por motivo de Religion dejan frecuentemente de obrar mal, y por los mismos respetos religiosos practican virtudes y acciones laudables, que sin estos motivos no practicarían.... Todos cuantos delitos se cometan así por los eclesiásticos, como por los seglares, no prueban que la Religion es inútil; sino que hay muy pocos que tengan Religion.

» Nuestrós gobiernos modernos incontestablemente deben al Cristianismo la solidez de su autoridad, y que sus revoluciones sean menos frecuentes: les ha hecho además menos sanguinarios, como se prueba por los hechos, comparándolos con los gobiernos antiguos. La Religion mejor conocida, destestando el fanatismo, ha dulcificado las costumbres cristianas. Esta mutacion no es obra de las letras; porque donde estas han brillado no ha sido más respetada la humanidad; y las crueldades de los atenienses y egipcios, las de los Emperadores romanos y chinos lo testifican.... ¡Pero cuántas obras de misericordia no ha producido el Evangelio! ¿Cuántas restituciones y reparaciones no ha obligado á hacer la confesion entre los católicos? Entre nosotros, ¿cuántas reconciliaciones y limosnas no vemos al acercarse el tiempo de la comunión? El jubileo de los hebreos, ¿cuánto no disminuía la avaricia de los usurpadores? ¿Cuántas miserias no prevenia y evitaba? La fraternidad legal estrechaba y unia toda la nacion, y no se veía en toda ella un mendigo, como ni se ve hoy entre los turcos, en donde las fundaciones piadosas son innumerables. La hospitalidad en ellos, por principio de religion, se extiende hasta los enemigos de su culto.»

» Los mahometanos, segun Chardin, dicen, que despues del juicio que seguirá á la resurreccion universal, todos los cuerpos pasarán un puente llamado *Poul-Serrho*, que está echado sobre el fuego eterno; puente que

absolutamente perfecto, mas fuera de esta restriccion me parece que Fenelon y Vicente de Paulo seguan muy bien su Religion.

¹ El autor dirá un poco mas abajo lo contrario.

se puede llamar, dicen ellos, el tercero y último juicio, y verdadero juicio final, porque allí es donde se hará la separacion de los buenos y los malos.

» Los persas, continúa Chardin, están muy infatuados con este puente, y cuando uno padece alguna injuria, de que por ningún medio ni camino puede esperar satisfaccion, su último consuelo es decir: ¡Ah! *Vive Dios, que me la pagarás doblado en el último dia: no pasarás el Poul-Serrho, sin que antes me hayas dado satisfaccion: yo me asiré entonces de tu ropa, y me abrazaré de tus piernas.* He visto á muchas personas distinguidas y de todas profesiones, que temiendo que al pasar este puente formidable, se gritase contra ellos ¡justicia! pedian perdón á los que tenían de ellos algun motivo de queja; y á mí mismo me sucedió así un sin fin de veces. Algunas personas de calidad que con sus importunidades me habian obligado á dar pasos, y hacer cosas que yo por mí no hubiera hecho, al cabo de algun tiempo, y cuando suponian que ya se me habria pasado el disgusto, venian á mí, y con todo rendimiento me decian: *halál bechon antchirra*; es decir, *yo te suplico que me hagas licito ó justo este negocio.* Algunos llegaron hasta hacerme regalos, y varios obsequios, á fin de que los perdonase, declarando que lo hacia de todo corazón y de buena voluntad, y la causa no era otra que esta creencia en que están, de que no pasarán el puente del infierno sin haber antes satisfecho hasta el último cuadrante á los que han vejado ú oprimido¹.

» ¿Y qué? ¿se me podrá persuadir que la idea de este puente que repara tantas iniquidades, no las evita y previene? No. Qúitese á los persas esta idea, persuadiéndoles que no hay tal puente, ni tal *Poul-Serrho*, ni cosa que se le parezca, donde los oprimidos despues de la muerte se verán vengados de los que los oprimieron é injuriaron; ¿no es claro que esto daria rienda suelta á los opresores, y los libraria del cuidado de dar satisfaccion á aquellos infelices? Luego esta persuasion que se les quisiese inspirar, seria nociva; y si novicia, claro es que no era verdadera.

¹ *Voyages de Chardin*, t. VII, pág. 50.

» Filósofo, tus leyes morales son excelentes; pero muéstrame, te ruego, su sancion. Cesa, cesa por un momento de hablar fuera del caso y desatinar, y dime claramente qué es lo que pones en lugar del *Poul-Serrho*¹. »

Por poco aprecio, pues, que se haga de la paz y seguridad publica, de la moderacion y estabilidad del gobierno, de las buenas costumbres y de la virtud, no se puede dudar de la importancia de la Religion. Pero quiero hacer sentir y conocer aun mas vivamente esta importancia de la que solo podria formarse una idea muy baja y muy imperfecta, si, contentándonos con mirar la Religion por el lado de sus beneficios en cierto modo menos principales, no la considerásemos por otro, sabiendo hasta la causa primera de tantos felices efectos, es decir, como el único y necesario fundamento de todo orden social.

El orden, segun su nocion mas extensa, es el conjunto de las relaciones que se derivan de la naturaleza de los seres; y estas relaciones son verdades, pues que existen independientemente de los pensamientos del espíritu que las considera. Toda verdad viene de Dios, porque él es el que es; es decir, el ser por excelencia; sin restriccion ni límites, inmenso é infinito, ó la verdad infinita; y cuando determinó criar ó dar ser á las cosas, la creacion toda entera no fué mas que una manifestacion magnífica de una parte de las verdades que incluye ó encierra el Sér divino. Estando estas verdades unidas y enlazadas entre sí por relaciones necesarias en la idea ó pensamiento de Dios, su voluntad, al realizarlas *ad extra*, ó al criarlas, por el mismo hecho ha realizado estas relaciones inmutables que constituyen el orden. Establecido este por la voluntad de la inteligencia Suprema, ó la omnipotencia y poder soberano del Criador, el mismo poder lo conserva, continuando en criar á cada instante los seres, ó en manifestar algunas de las verdades eternamente existentes en Dios, y sus relaciones igualmente eternas; y así reinaría un orden perfecto en el universo, si la voluntad no inteligente de los seres libres no le turbase frecuentemente por un ciego abuso de una fuerza ciega, que empleada en realizar el error, ó lo que no es, se dirige por lo mismo, y camina á destruir lo que es, ó á manifestar la nada.

¹ *Emile*, t. III, p. 198, 202.

El poder pues, ó la voluntad de la inteligencia suprema, es el medio general del orden, así como la fuerza dirigida por voluntades libres no inteligentes¹ es el medio general del desorden; y la sociedad humana, que se compone de seres libres sujetos al error, está dividida entre estos dos poderes, uno que pretende destruir, y otro que procura conservar.

La filosofía, por un desconcierto y trastorno de ideas, hasta ahora nunca visto, se afana y esfuerza por fundar la sociedad sobre el principio mismo del desorden. Negándose á reconocer otra inteligencia que la razon del hombre, no puede constituir otro poder que la fuerza: y el género humano sometido á esta potencia destructora, pereceria, si la Religion no acudiese pronto á su socorro.

« La Religion, dice excelentemente Mr. de Bonald, » introduce el orden en la sociedad, porque sola ella » da la razon del poder y autoridad, y de las obligaciones². »

En efecto, ¿qué es el poder en la sociedad sino el derecho de mandar, el cual trae consigo, é importa la

¹ Levantada una pared fuera de su nivel cae, porque hay falta de verdad, digámoslo así, en las leyes ó reglas de su construccion, ó falta de inteligencia en el arquitecto. Otro tanto sucede con la sociedad: El hombre trastornaria el universo si pudiese someterle á su accion, porque solo conoce imperfectamente las leyes que mantienen el orden en el mundo fisico; y cuando ignora ó no quiere conocer las leyes que conservan el orden en el mundo moral, cuando no se conoce ó se conoce mal á sí mismo, su fuerza tira á destruir, porque tira á colocar los seres bajo falsas relaciones, ó que son contrarias á su naturaleza. Quiere lo que la *inteligencia* no puede querer, es decir, cosas imposibles, absurdas y contradictorias. Desear la felicidad, ó el bien estar, es un sentimiento natural á todos los hombres; pero no todos ven igualmente en qué consiste su bien estar ó felicidad. El que la busca en el desorden, no tiene luces. Si tuviese un talento mas ilustrado, comprenderia que fuera del orden no puede haber felicidad, pues que ni aun hay vida. El desorden, pues, es producido por *voluntades libres no inteligentes*. El ser soberanamente inteligente, es esencialmente bueno, feliz, perfecto; y la perfeccion de las criaturas libres, así como su felicidad, consiste en conformar sus voluntades con la de aquel supremo ser.

² *Le Divorce considéré au XI^e siècle*. Disc. prélim. p. 42.

obligacion de obedecer? Mas el que manda es superior al que obedece, y tan superior que no se puede imaginar superioridad mayor; porque ella no envuelve en sí solamente una simple diferencia de naturaleza. El ángel, por ejemplo, por su naturaleza es de un orden superior al hombre; sin embargo el hombre rigurosamente hablando nada debe al ángel. Tome un ángel una forma sensible, y descienda sobre la tierra: ¿en dónde está aquí la razon de obedecerle? De una parte no veo derecho alguno, ni obligacion alguna por la otra. Todo sér criado está en una independencian natural de cualquiera otro sér criado; y si el mas excelso de los espíritus angélicos viniese de su propio movimiento, y sin mas título que su voluntad, á dictar leyes al hombre, y someterle ó sujetarle á su dominacion, yo no veria en el mas que un tirano, y esclavos en sus súbditos. ¿Qué será pues cuando el hombre mismo se arroga este imperio sobre el hombre, igual á él en derechos, y acaso y muchas veces superior en talentos, en conocimientos y virtudes? ¿Hay, ni puede darse una pretension mas inicua, mas insolente, ni una esclavitud mas ignominiosa? ciertamente no temo decir con Rousseau? « que es necesario » una extraordinaria alteracion de sentimientos y de » ideas para poderse resolver á tomar á un semejante » suyo por dueño y señor ¹. » Y sin embargo, el mismo Rousseau, para constituir filosóficamente la sociedad, se ve precisado á imponer al hombre el yugo del hombre, y someterle al imperio de la fuerza ciega y brutal. No nos admiremos pues, que á consecuencia de sus principios, la sociedad civil le haya parecido contraria á la naturaleza ². Confundiendo, como confundia, la independencian con la libertad, la falta de todo poder y de toda obligacion, es decir, de todo orden, debia ser á sus ojos el estado mas perfecto, ó el estado natural del hombre. Mas teniendo el orden, y el poder ó autoridad que lo mantiene y conserva, una relacion necesaria con la inte-

¹ *Contrat. social*, liv. 4, chap. 8.

² « Todo lo que no es natural tiene sus inconvenientes, y la sociedad civil mas que ninguna otra cosa. » *Contrat. social*, l. 3, c. 15.

ligencia, Juan Jacobo llegó hasta el extremo de sostener que el hombre que piensa es un animal *depravado*, consecuencia rigurosamente justa y exacta del error sobre que se apoya su sistema. De este modo, el orgullo proclama la Soberania del hombre, y desde este momento es necesario que el hombre sea el esclavo vil de la fuerza en la sociedad, ó esclavo todavía mas vil de sus apetitos, y apenas igual á las bestias en lo interior de los bosques, su común morada. A la verdad, es extraño que se hallen almas tan bajas que se complazcan en la abyeccion, y cieno de las doctrinas filosóficas, ó espíritus tan débiles que se dejen seducir de ellas. Pero conviene, decia Pascal, que haya muchas de estas gentes en el mundo, para hacer ver que el hombre es capaz y muy capaz de las opiniones mas extravagantes, y de los sentimientos mas desnaturalizados.

¿Qué grandeza no brilla en los pensamientos de la Religion, comparados con estas máximas tan degradantes! ¡Cuán sencilla y profunda es su doctrina! ¡Qué luz no derrama y esparce sobre la sociedad! ¡Cómo ensalza y eleva al hombre, sin lisonjear su orgullo! Jamás le dice: *tú no tienes otro dueño y señor que á ti mismo*, porque desde entonces el hombre seria esclavo de cualquiera que se dignase dominarle; antes bien le dice y le repite: « el único sér que tiene sobre tí un poder legítimo y natural, es el Sér infinito que te ha criado, te conserva » y dispone soberanamente de tus destinos. Su voluntad » es tu única ley; y así tu felicidad, como tu libertad, » consiste en conocerla y someterte á ella. Ser libre, es » caminar sin obstáculo á su fin; el tuyo es la perfeccion; obedece pues, y serás libre. Te conservarás en » tus verdaderas relaciones, que designan el lugar que te » compete; tu razon no dependerá sino de la inteligencia suprema; ni tu voluntad mas que de las leyes » inmutables, á que el mismo Todopoderoso está sometido. »

Por mas que se hable con énfasis de independencian, y de soberania, esta orgullosa ficcion de soberania humana no es mas que el velo con que se cubre una esclavitud irremediable. Luego que la filosofia quiere establecer la simple apariencia del orden, es necesario in-

mediatamente que el hombre obedezca; ¿y á quién? á su semejante: es preciso que ceda y se humille á la voluntad de un igual suyo: cuando por el contrario, el hombre es tan grande que Dios solo tiene derecho de mandarle: ¡vasallo noble, que solo depende del Eterno! Comprenda pues el hombre lo que es; y si dominado por las pasiones, se siente aun muy débil para elevarse hasta una plena obediencia á las leyes emanadas del poder supremo que gobierna á todos los seres criados, conozca al menos que esta obediencia, el mas precioso y el mas glorioso de sus derechos, es la única que constituye su verdadera libertad, y que aspire por el momento de adquirirla.

Un escritor célebre, que conocia tan mal al Cristianismo como á la sociedad, se ha atrevido á decir, que *los verdaderos cristianos han sido hechos para ser esclavos*¹. Es verdad que él mismo creia que los antiguos Griegos y Romanos eran libres, y no nos debe extrañar esta paradoja. No vió que la libertad, independiente de la forma de los gobiernos, es únicamente relativa á la naturaleza del poder. Mas pues que queria hablar del Cristianismo, ¿porqué no consultó á lo menos al Evangelio, *ley perfecta de libertad*², como lo llama un Apóstol? Habria leído en él estas palabras que confunden y llenan de admiracion á cuantos saben penetrar su profundidad: *la verdad os libertará*³: *Cristo nos hizo libres*⁴: *donde está el espíritu de Dios, allí hay libertad*⁵. En efecto, cuando Jesucristo se dejó ver en el mundo, el hombre, como lo hemos hecho ver ya, era en todas partes esclavo del hombre. Para verse libre de esta dura esclavitud, era necesario que entendiérase esta profunda verdad, que, en todos sentidos, fué para la sociedad *la buena nueva de salud*; á saber; que *todo poder viene de Dios*⁶. Identificándose entonces la autoridad humana con la autoridad

1 *Contrat. social*, l. 4, c. 8. — 2 *Ep. Jacob.* 1, 25.

3 *Cognoscetis veritatem, et veritas liberabit vos. Joan.* VIII, 32.

4 *Christus nos liberavit. Ep. ad Galat.* IV, 31.

5 *Ubi autem spiritus Domini, ibi libertas. Ep. II ad Corinth.* III, 17.

6 *Non est enim potestas nisi á Deo. Ep. ad Rom.* XIII, 1.

de Dios, el poder establecido sobre una base inalterable inspiró respeto y amor. El hombre pudo obedecer sin dejar de ser libre, ó mas bien, fué libre porque obedeció. Y así en efecto lo entendieron los cristianos desde un principio, como lo testifica Tertuliano. Tratábaseles de rebeldes y enemigos del César, porque no querian adorar las imágenes de los Emperadores; ¿y qué respondia su apologista? « Los traidores no se deben buscar entre » nosotros, sino en vuestras propias filas; esos mismos » que prodigan al Emperador las mas bajas adulaciones » de la esclavitud, son los que traman en secreto las » conspiraciones contra él, y no asisten á las solemnidades que se celebran en su honor, sino para profanar el » regocijo y alegría pública con votos criminales, » dando en su corazon el nombre del Príncipe, para pre- » sagiar la esperanza de otro reinado¹. » « Por lo que » respeta á nosotros que jamás tuvimos parte en rebelion alguna, si se duda aun de nuestra sumision y religioso amor, entiéndase que es para nosotros una obligacion religiosa respetar en el Emperador la eleccion del Dios á quien adoramos, y al mismo soberano como constituido y puesto por Dios. En cuanto á lo que se nos manda y exige, consiento en dar al César el nombre de señor, con tal que no se me obligue á tenerle por Dios. Fuera de esto, en lo demás soy libre. No tengo mas señor que al Dios Todopoderoso y eterno, que es tambien señor del César². »

De esta sublime idea del poder ó autoridad, único fundamento de toda obligacion moral, se ve salir, junto con todos los deberes, el orden conservador de la sociedad.

1 *Non ut gaudia publica celebrarent, sed ut vota propria jam edicerent in aliena solemnitate, et exemplum atque imaginem suam inaugurarent, nomen principis in corde mutantes. Apolog. advers. Gentes*, cap. 35.

2 *Sed quid ego amplius de religione atque pietate christiana in imperatorem quem necesse est suspicamus ut eum quem Dominus noster elegit. Et meritò dixerim, noster est magis Cæsar, ut nostro Deo constitutus. — Dicam planè imperatorem Dominum, sed quando non cogor ut Dominum, Dei vice, dicam. Cæterum liber sum illi. Dominus enim meus unus est Deus omnipotens et æternus, idem qui et ipsius. Apologet. adv. Gentes*, cap. 33 y 37.

« La autoridad queda justificada, la obediencia ennoblece, y el hombre debe igualmente temer mandar, y honrarse de obedecer ¹. » La justicia desarma á la fuerza, y el imperio noble de la conciencia reemplaza la tiranía vil de las pasiones excitadas por el interés. ¿Qué digo? La Religión, concentrando los intereses particulares en el comun y general, los hace concurrir todos á la conservación del orden, uniendo y enlazando la vida futura con la presente, y desasiendo al hombre de los bienes caducos y perecederos que busca con tanto afán. Sustituye al odio que engendran las doctrinas filosóficas, un espíritu general de benevolencia mutua y de amor; y este es el carácter distintivo del Cristianismo. En él todo respira amor de Dios y de los hombres; el amor es la base de todos sus preceptos, y el compendio de la ley. No amar, es lo mismo que no ser cristiano, es excluirse, desterrarse á sí mismo del reino de Jesucristo, sociedad de amor, para entrar en la sociedad del odio, cuyo monarca es el ángel de soberbia. El cristiano no solamente obedece á la autoridad, la ama; porque viene de Dios, y le representa en la sociedad; y este amor, que se eleva desde los súbditos á la cabeza ó al poder, vuelve á descender en cierto modo, bajo la forma de toda suerte de beneficios, desde el poder á los súbditos, y es la prenda mas segura, y la mas sólida garantía de la estabilidad de los gobiernos, y de la felicidad de los pueblos. Unidos entre sí por una confianza poderosa, de la cual nacen la seguridad y un obsequio mutuo, se les puede con toda razon aplicar aquella sentencia profunda del Evangelio: *vuestra fe os ha salvado* ².

De este modo, para bien y felicidad de los hombres y tranquilidad de los Estados, se establece y conserva el culto sagrado del poder ó autoridad, que Tertuliano, en su lenguaje enérgico, llama *la Religión de la segunda majestad*. Y el mismo principio, que pone orden en la sociedad, constituyendo el poder ó autoridad social, ordena tambien las familias constituyendo la autoridad doméstica. Estos dos poderes ó autoridades, semejantes, porque una

¹ *Le divorce considéré au XIX^e siècle*. Disc. prélim. p. 94.

² *Fides tua te salvum fecit*. Marc. x, 52.

familia no es otra cosa que una pequeña sociedad; y desiguales, porque la sociedad es una gran familia, ó la reunion de todas las familias particulares; no son una ni otra sino el poder mismo de Dios, de quien *toda paternidad trae su nombre* ¹, segun la expresion de San Pablo, es decir, su autoridad; porque bajo la ley de la verdad y del orden, nada es arbitrario; ni aun los nombres, porque es preciso que ellos expresen relaciones verdaderas ó falsas; y hé aquí porque, observémoslo de paso, el lenguaje se muda con las máximas, y se desnaturaliza con las ideas. Así pues como la autoridad paterna es el poder social doméstico, ó de familia, así el poder social es un poder paternal en la sociedad, y esta es la razon de la inmortalidad, y al mismo tiempo de la suavidad del poder en los pueblos cristianos.

Unir y enlazar al superior con los súbditos y á los súbditos entre sí, no es mas que el principio de los beneficios del Cristianismo. El espíritu de amor que inspira, no se detiene, permítaseme decirlo así, en la frontera como el exclusivo y duro patriotismo de los antiguos. Jesucristo cuando manda amar al hombre, no distingue al compatriota del extranjero; no exceptúa ni aun á los enemigos, ni á los que nos persiguen y maldicen; de modo que por una admirable universalidad de amor, su doctrina no menos se dirige á unir los pueblos entre sí, que á los miembros de una misma sociedad; ó mas bien, quiere formar una sola sociedad de todos los pueblos. « El mundo, decia diez y seis siglos ha el autor del *Apologético contra los gentiles*, el mundo entero no es á nuestra vista mas que una vasta república, patria comun del género humano ². » ¿Nos deberemos ya admirar que unas máximas y sentimientos tan extraños á los gentiles lo hayan mudado todo, derecho político y de guerra, leyes y costumbres?

Y ¿á quién, sino es al Cristianismo, somos deudores

¹ *Hujus rei gratia flecto genua mea ad Patrem Domini nostri Jesu Christi, ex quo omnis paternitas in cælis et in terra nominatur*. Ep. ad Ephes. iii, 14, 15.

² *Unam omnium rempublicam agnoscimus mundum*. *Apologet. adv. Gent.* cap. 38.